



SOCIEDAD CERVANTINA
DE ALCÁZAR DE SAN JUAN

Cuarto concurso de cartas a los Reyes Magos

Café Monago

12 de enero de 2025

**Recopilación de las diez mejores cartas
presentadas al concurso**

JURADO DEL CONCURSO DE CARTAS A LOS REYES MAGOS
“CAFÉ MONAGO”
Cuarta edición – 2025

Composición del jurado calificador de la tercera edición del concurso de Cartas a los Reyes Magos “Café Monago”, que se reunió en Alcázar de San Juan, a las 11:30 horas del viernes 10 de enero de 2025, para proceder al fallo del mismo:

Presidente: D. Juan Bautista Mata Peñuela

Vocales: D. Luis Miguel Román Alhambra
D. Enrique Suárez Figaredo
D. Constantino López Sánchez-Tinajero
D. Enrique Lubián Pozo

Secretario: D. Manuel Rubio Morano

INDICE DE CARTAS

1ª.- GANADORA

“La última luz del monasterio” de Chals Oskar Silva Conchucos (Churín, Perú), 214 puntos

2ª.- SEGUNDA

“De cómo los Reyes Magos fueron confundidos con caballeros andantes y otros graciosos ingenios de feliz recuerdo” de María Sofía Abarca (Mendoza, Argentina), 208 puntos

3ª.- TERCERA

“La maestra” de Mela Ortiz Arbones-Dávila (Madrid), 206 puntos

4.- CUARTA

“Confesiones (No para mi)” de Luis David San Juan Pajares (Segovia), 205 puntos

5.- QUINTA

“Como niños” de María Jesús Echániz Iturriaga (Castro Urdiales), 202 puntos

6.- SEXTA

“Carta de un niño especial” de Antonio Olmos Belmonte (Murcia), 201 puntos

7.- SÉPTIMA

“Helio en el futuro” de Lorena Díaz Moreno (Leganés), 195 puntos

8.- OCTAVA

“El concierto de los colores” de Pablo Miguel Argudo (Valencia), 194 puntos

9.- NOVENA

“Una partida de cartas que nunca terminó”, de Jorge Almagro Bolívar (Almería), 193 puntos

10.- DÉCIMA

“De amor, muerte y esperanza”, de Sonia Pilar Barrilero Villajos (Alcázar de San Juan), 192 puntos

1ª.- GANADORA:

“La última luz del monasterio” de Chals Oskar Silva Conchucos (Churín, Perú)

Querido Rey Gaspar:

Le escribe la última vela de cera de abeja del monasterio de Santa Clara, aquella que ha permanecido encendida durante trescientos sesenta y cinco años gracias al cuidado de generaciones de monjas que han mantenido viva mi llama. Quizás le resulte peculiar recibir correspondencia de un objeto, pero ¿quién mejor que una testigo de luz para dirigirse a quien guió su camino por una estrella? Al fin y al cabo, compartimos esa antigua sabiduría de que la luz más pequeña puede atravesar la oscuridad más profunda.

He sido testigo silenciosa de la transformación del mundo desde mi altar de piedra. Vi partir a jóvenes soldados hacia guerras lejanas, iluminé sus cartas cuando regresaban -los que lo hacían-, contemplé bodas clandestinas durante la guerra civil, y más tarde, bauticé con mi luz los rostros de sus descendientes. He visto lágrimas de todas las épocas reflejando mi llama: desde aquellas derramadas por hambre en los años de posguerra, hasta las de hoy, vertidas por la soledad digital que paradójicamente nos conecta y nos aísla.

Recuerdo especialmente aquella noche de 1936, cuando las hermanas me escondieron en el pozo del claustro para protegerme de quienes querían destruir todo lo sagrado. Mi llama tembló bajo el agua, protegida por un fanal de cristal, pero no se extinguió. Tampoco se apagó la fe de quienes, en secreto, seguían viniendo a buscar consuelo en mi luz durante aquellos años oscuros.

Pero hoy, mi luz titila más débil que nunca. La modernidad ha traído consigo bombillas LED y velas eléctricas que parpadean sin alma. Las hermanas más jóvenes, nacidas entre pantallas táctiles y notificaciones instantáneas, ya no conocen el arte ancestral de moldear la cera como sus antecesoras. Sus dedos, más habituados a deslizarse sobre cristal que a trabajar la materia, han olvidado la paciencia que requiere crear algo que perdure.

No le escribo, sin embargo, para lamentar mi inevitable extinción. Le escribo porque en mis siglos de existencia he aprendido que la verdadera luz no proviene de la llama, sino de lo que ésta ilumina en el interior de cada ser humano. He sido confidente de amores prohibidos susurrados entre sombras, guardiana de promesas escritas a mi luz, testigo de reconciliaciones que parecían imposibles. He visto cómo mi resplandor ha revelado el camino a quienes se creían perdidos, ha acompañado plegarias desesperadas y ha sido testigo de profundas transformaciones espirituales.

Por ello, mi petición es singular: no le pido más cera para prolongar mi existencia, sino que transforme mi última gota en mil semillas de luz que germinen en el corazón de quienes han olvidado cómo brillar. Que cada persona que haya perdido su rumbo encuentre, como usted hace tantos siglos, una luz que le guíe. Que en esta era de resplandores artificiales y conexiones vacías, las personas redescubran el valor del fuego primigenio que une, que calienta, que convoca al encuentro verdadero.

Que mi última luz sea el inicio de un nuevo amanecer donde la humanidad comprenda que, como yo, cada uno tiene el poder de iluminar la oscuridad de otros. Que entiendan que, aunque sean pequeños como mi llama, pueden crear espacios de calidez y encuentro en un mundo cada vez más frío y distante.

Y si no es mucho pedir, querido Rey Gaspar, que cuando mi luz finalmente se apague, alguien recuerde que durante siglos fui más que una simple vela: fui guardiana de esperanzas, testigo de milagros cotidianos y compañera silenciosa de almas en búsqueda de sentido.

Con el último destello de mi ser, La Vela Eterna de Santa Clara

P.D.: Las hermanas, fieles a una tradición que se remonta a tiempos en que usted mismo cruzó tierras lejanas siguiendo aquella estrella divina, aún dejan agua fresca y dulces caseros para sus camellos en el antiguo abrevadero del claustro. El mismo donde, durante siglos, peregrinos y viajeros han encontrado reposo. Quizás sea este pequeño gesto de hospitalidad ancestral el que nos recuerda que algunas luces, por fortuna, nunca se extinguen del todo. Como la suya, como la mía, como la que arde en cada corazón que aún cree en la magia de una noche de reyes.

2ª.- SEGUNDA:

“De cómo los Reyes Magos fueron confundidos con caballeros andantes y otros graciosos ingenios dignos de feliz recuerdo” de María Sofía Abarca (Mendoza, Argentina)

A Vuestras Majestades, soberanos y altos señores, Reyes Magos de Oriente, respetados caballeros andantes:

Consejeros míos y prudentísimos amos, les envío la salud que no tengo, además de estas breves palabras. Junto a la carta a mi señora Dulcinea, que mi buen escudero hará llegar, les dirijo, con la honra que merece mi oficio, las esperanzas de otro caballero andante, pero antes, permítanme, preguntarles: ¿son allegados al mago Frestón? A diferencia de los reconocidos encantadores, representantes del engaño, la soberbia y la superchería, Sancho y yo damos buena fe de que nuestros excelentes señores, caballeros Melchor, Gaspar y Baltasar, se alejan de estos malvados artificios y conciertos con el demonio. A mi escudero le place preguntar por el futuro de nuestras peripecias y solicitarles consejo y asistencias debidas. Sepan disculpar su imprudencia. Bien sabemos que solo a Dios está reservado conocer los tiempos y momentos, y para Él no hay pasado ni porvenir, todo es presente. Si vosotros responden a las artes de la mera adivinación, como el mono del Maese Pedro, desconfiaría de sus dignas costumbres. Ya mi escudero falto de seso, no por ello menos fiel, les remitirá, en otra carta, sus malsonantes encomiendas.

Sabe Dios que mi honrosa profesión me impide desviarme, a pesar de creer que nuestras búsquedas nos tropiezan, ya quisiera mi humilde camino seguir esa estrella que vosotros, como hábiles astrónomos, señalaron en los cielos. Quizás, mi credulidad y mi inocencia los conmueven pero es menester mi pedido: yo sé que vuestra ilusión, es la misma que la mía; imagino que, aunque sea por cortesía, entenderán mis pensamientos y mis frustraciones. Sé que están esperando la carta de un niño que, en su lozana juventud sabría pedirles una dádiva; yo, en cambio, molido hidalgo ya viejo, malferido y vencido por las adversidades, no tengo más que bendecir esta suerte de escribirles y la posterior honra de que puedan leerme.

Mi escudero me mira, extrañado. Él piensa que estoy loco, que confundo las cosas y que mi misión es imposible: pretender un mundo mejor y confiar en la palabra ajena. Me fio de que me comprenden y de que, así como yo, también enfrentan iguales hazañas por un noble ideal. Ya quisiera haber llevado yo al Niño ese incienso, esa mirra y el oro de los reyes, pero pueden ver que no es muy distinto a lo que llevo, con rendida humanidad.

Quiero pedirles que, cuando parta este servidor, cuiden de Sancho y de Rocinante, la melancolía que les dejaré necesitará de su confort. Quisiera, y es mi deseo, seguir soñando; enseñar a soñar que, en cualquier época, ha sido un disparate que se confunde con la locura. Me gustaría que quienes me precedan supieran que es posible perdonar y aconsejar con honestidad; se puede ser humilde y

virtuoso, y aplicar la justicia con misericordia. Quisiera que los mozos aprendan a confiar en que la virtud vale por sí sola y que puede descubrirse la verdad hasta en las importunidades de la pobreza.

También, quisiera pedirles que ningún niño pase hambre, que no se los humille ni se los prive de amor ni de inocencia; cuando crezcan, quedará en su alma el agradecimiento y serán buenos servidores de su patria y de su familia. Todos deberían saber que el valor y la ternura son las armas contra cualquier infamia y enemistad; y que la paz entre los pueblos puede lograrse, si hay paz primero en nuestro espíritu.

No se olviden esta noche de los ancianos solitarios, de los hidalgos perdidos y de los que necesitan una palabra de aliento. No se olviden, y es mi mayor deseo, de todos aquellos que creen que hubo y hay caballeros andantes en este mundo.

Por último, quiero despedirlos atribuyendo mis merecimientos a la gracia del cielo y a Dios que, en su infinita bondad, me ha permitido mis famosas andanzas y ha consolado mis más tristes infortunios y desilusiones.

Espero que el próximo seis de enero sea una noche en donde la magia y el perdón puedan mudar los corazones de quienes lo demanden.

¡Feliz Noche de Reyes! ¡Felices los que aún creen que la imaginación es parte de la realidad ¡Viva la Andante Caballería sobre cuantas cosas existen hoy en la tierra!

Atentamente, su fiel seguidor.

El Caballero de la Triste Figura.

3ª.- TERCERA:

“La maestra” de Mela Ortiz Arbones-Dávila (Madrid)

Querido Melchor.

Este año tendrás que perdonar mi demora en mandarte la carta, pero últimamente todo mi tiempo lo invierto en buscar a mi amiga Ofelia. Removí Roma con Santiago, créeme. Hasta localicé a ex compañeros del colegio con los que compartimos pupitre y con los que hace mucho que no hablaba, pero todo fue en vano. Nadie sabe nada de ella y quizás tú puedes ayudarme a encontrarla. A mis ochenta años recién cumplidos las ilusiones no se acercan a una como antes y sueño con ver a Ofelia mientras las luces de la Navidad sigan encendiéndose para nosotras.

A Ofelia la conocí de casualidad, Melchor. Fue en el parvulario de la escuela de Baiona, el pueblo en el que ambas nacimos. Nos llevábamos un año justo, porque yo soy del 1 de enero de 1944 y ella, del 31 de diciembre. Ahora parece que no, pero entonces, trescientos sesenta y cuatro días de diferencia eran un abismo.

De ella me llamó la atención su pelo largo y pelirrojo, recogido en dos trenzas perfectas, sus ojos verdes, que se hacían pequeños tras sus gafas espesas, su piel blanca cubierta de pecas y su irremediable aire de empollona. Era minúscula, Melchor, y especial. Yo la protegía, no sé de qué, pero me quedaba a su lado cuando salíamos al patio como si mi presencia la hiciera parecer menos vulnerable.

Ofelia era tartamuda, Melchor. De siempre. Y algunos niños le hacían burla. Sin embargo, ella vivía sin complejos.

—¡Qué guapitos estaríais callados! —les decía, aunque cuando conseguía arrancar ya era tarde porque los matones se habían ido. Pero Ofelia se quedaba a gusto. Y yo, también.

Los días más duros del invierno, cuando el cielo se ponía como la panza de un burro y parecía que no iba a amanecer nunca, nos quedábamos en clase a la hora del bocadillo, sentadas en el alféizar de la ventana, en silencio y con el culo helado. Ella no hablaba, tan solo contemplaba el horizonte. Me inquietaba verla, Melchor, daba la sensación de estar lejos de la escuela, en otro lugar.

A veces, cuando Ofelia tenía que decir algo importante, estiraba al máximo una goma del pelo que llevaba en la muñeca y la soltaba con un sonoro “tac”, sólo entonces empezaba a hablar de corrido. Era doloroso, seguro, porque tenía la piel llena de marcas por aquel latigazo.

Un día de febrero, en el que nevó una barbaridad y nos quedamos sentadas en nuestra ventana, me animé a preguntarle.

—¿Qué miras tan lejos?

Y sabes, Melchor, los ojos le sonrieron. Sonó “tac”. Un “tac” que detuvo mi respiración un instante, el tiempo que ella tardó en soltarse a hablar.

—Nada, solo son sueños. Mi abuela me dijo que, al otro lado del cristal, todo es posible.

—¿Me enseñas? —le pedí emocionada.

—Tienes que mirar hacia las islas Cíes, ¿las ves? Las que están justo al fondo. Cuando ya no puedas ver nada más allá, entonces imagina.

—¿El qué?

—¡Lo que hay detrás!

—Ah... —le contesté mientras fijaba la vista en el punto que ella me señalaba. Y seguimos calladas.

Cuando Ofelia cumplió los nueve, de pronto, pegó el estirón. No he visto a nadie crecer tan rápido. A los once me dijo que ella lo que quería era marcharse de Baiona a estudiar fuera. ¡Menudo disparate!, le dije yo, Melchor, que no tenía más aspiración que terminar el curso, aprender las labores de la casa y casarme con Pepe, el hijo pequeño del panadero del pueblo. Ofelia, no. Ella quería ser maestra. Por eso, cuando cumplimos los quince y la escuela se acabó para nosotras, el último día de curso, dejó los libros dentro del pupitre, como si a la mañana siguiente fuese a volver.

Pero no volvió, Melchor, y desde que se marchó del colegio, no he sabido nada de ella. Yo estoy convencida de que cumplió su deseo porque, a veces, me detengo a mirar más allá de las Cíes y ya no escucho aquel “tac” que me cortaba el aliento. Ahora solo suenan las tablas de multiplicar cantadas en coro.

Muchas tardes, cuando se pone el sol, miro hacia el horizonte y pienso que cualquier día Ofelia va a aparecer para contarme sin trabarse que logró ser maestra y feliz. Quizá mañana, cuando me despierte, ella misma me cante la tabla del siete. Yo, Melchor, la ilusión de verla no la pierdo. Por si acaso vuelve.

Deje en la terraza leche para los camellos y algunos dulces para vosotros. Os mando a los tres un abrazo bien apretado.

Hasta mañana.

Lola.

4ª.- CUARTA:

“Confesiones (No para mi)” de Luis David San Juan Pajares (Segovia)

Queridos Reyes Magos:

Esta es la última carta que os escribo.

He tenido una vida plena, amigos míos. Ahora, cuando el ocaso ya proyecta sus inexorables sombras sobre mí, me doy perfecta cuenta de ello. He cometido errores, claro que sí, y he perdido mucho tiempo persiguiendo cosas que no merecían ni tan siquiera el trabajo de nombrarlas, pero creo honradamente que he sido feliz. Y, mal que bien, he procurado hacer felices a los demás. He vivido y he hecho vivir.

¿Sabéis de lo que más orgulloso me siento? De que nunca he perdido la fe en vosotros. En todas las circunstancias de mi vida, también en las más comprometidas, vuestro ejemplo de buscadores silenciosos de la paz me ha impulsado a seguir adelante persiguiendo mi estrella particular. Una que, con el tiempo, me ha conducido a un portal sereno donde poner fin a mi camino ofreciendo todo lo que tengo, todo lo que soy. Yo también he llegado a Belén.

Pero vamos a lo que nos ocupa. Este año, queridos Reyes, permitidme que os pida muchas cosas por tratarse del último. No para mí: para los que me rodean en estos momentos postreros de mi existencia.

Os pido, para empezar, que os acordéis de todos y cada uno de los trabajadores de la residencia. Son buenos, nos tratan con dulzura y se esfuerzan por llenar nuestros días con amor a pesar de nuestras limitaciones. Que Dios los bendiga. Acordaos también de los voluntarios que vienen a acompañarnos, esas personas que todos quisiéramos haber sido pero que, por pereza o por reparo, no logramos ser cuando tocaba. Ellos, como vosotros, son magos de estos tiempos que aparecen de repente cargados de ilusión sin reclamar nada para sí. Dadles, amigos, a estos y a aquellos, lo más preciado de vuestras alforjas: tesón, paciencia y larga vida para seguir haciendo el bien.

No os olvidéis tampoco de mis compañeros, los otros residentes de esta casa. No les traigáis sabiduría, que de eso les sobra. En su lugar, echadles consuelo, quintales de consuelo y arrobas colmadas de esperanza. Y decidles, a los que todavía oyen bien, que no tengan miedo, que la vida que nos espera es aún más bella que esta.

Por último, acordaos de Teresa, de mi Teresa. La dejo en buenas manos. Vive en su mundo, así que tendréis que hablarle al corazón. Dios no nos ha bendecido con hijos, pero seguro que os dirá lo que yo: que también ha sido feliz. Traedle, si puede ser, lo que ha ido perdiendo en estos últimos años: sus recuerdos, los más dulces y hermosos recuerdos de infancia junto a sus padres en los campos de su pueblo, y aquellos junto a mí en nuestra casa y en nuestro río de juventud y

madurez, aquel lugar secreto donde tantas veces nos refugiábamos los dos, con los pies descalzos, para dejarnos acariciar por el agua y el atardecer.

Para mí, nada pido. Aunque —es un decir, es un soñar—, ¿podría yo alguna vez ser vuestro paje, vuestro acompañante? En nada veo yo que esto contradiga los evangelios. Iría como aprendiz, procurando no estorbar. Los ancianos tenemos pocas fuerzas y bien poco que ofrecer, pero sí podemos regalar miradas de respeto, de asombro y agradecimiento ante las maravillas que todavía siguen ocurriendo en el mundo.

Ea pues, queridos Reyes, haced lo que consideréis mejor. Si puede ser, echadles lo que os digo a la gente que quiero. Yo, con haberos escrito, ya me siento fortalecido. Si no en el cuerpo, sí en mi convicción en el poder transformador del amor. Ese Amor que fuisteis a buscar a un pesebre, ese amor que, en vuestro nombre, los padres y otros muchos que ejercen como tales siguen regalando a los niños. El amor mueve el mundo y vosotros, majestades, sois sus embajadores. Vuestros cofres atesoran mucho más que oro, sedas y ungüentos: portan el secreto de lo que se ofrece con desprendimiento. Dejadme, si lo tenéis a bien, ayudaros a derramarlo para embellecer el mundo.

Con la ilusión de la primera carta, os quiere y os lo pide vuestro amigo de tantos años,

Mariano

5ª.- QUINTA:

“Como niños” de María Jesús Echániz Iturriaga (Castro Urdiales)

Hoy he ido a ver al abuelo a la residencia. Le he encontrado como siempre en la galería, frente al inmenso jardín de hortensias. Las manos juntas y la mirada clara, transmitiendo serenidad y paz. Me ha reconocido. Tiene días de luces y de sombras, hoy es uno de esos que ilumina la sala tan solo mirándote...

Hemos charlado un rato y la auxiliar nos ha traído un café con un trocito de roscón. El abuelo estaba impaciente por llevarme a su cuarto y después de un rato tomando el sol en la acristalada terraza le he acompañado con paso lento hasta la 207.

Nos hemos sentado en la cama y me ha entregado una pequeña y oxidada caja de membrillo donde guarda sus tesoros. La ha abierto con cuidado. Dentro, fotografías y un pequeño hatillo de cartas amarillas atadas con un lazo rojo. De entre ellas, ha sacado una más ajada y vieja que el resto. Me ha dicho que es una carta para los Reyes Magos que se quedó sin enviar en 1944, en la dura posguerra... No quiere que la lea para no perder la magia, solo que la eche al buzón. La tiene en sus “pendiente antes de morir” y hay que mandarla. Me hace gracia porque veo en él al niño que llevamos dentro y que siempre vuelve. Le prometo que no la leeré y que en cuanto salga la mando por correo urgente a Oriente. El abuelo me sonrío y me da un enorme beso. Sabe que lo haré y que volveré en unos días a visitarle, aunque no sé si mañana lo recordará.

Salgo de la residencia contenta, con la carta en la mano. La ha arrugado tanto para dármele que no sé si se deshará de un momento a otro.

Es un bonito día de diciembre y quiero pasear. La carta en el bolso me intriga y tengo la necesidad de leerla. Sentada en un banco al sol la abro con cuidado de que no se deshaga bajo el frío invernal.

La inocente caligrafía de un niño me espera...

Sábado 25 de diciembre de 1944

Queridos Reyes Magos:

Me llamo Juan, aunque todos me llaman Juanillo, y tengo diez años. Vivo con mis padres y tres hermanos en una aldea del norte de Santander. Yo soy el mayor y el único que de momento va al colegio

por eso me toca este año escribir la carta. Bueno por eso y porque me gusta escribir. Me he portado muy bien. Siempre lo hago. En casa ayudo porque somos muchos y las faenas son demasiadas para mi madre. Mi padre trabaja todo el día en la mina y cuando llega a casa está muy cansado. Entre mamá y yo arreglamos el ganado y cosechamos la huerta. Madrugo mucho y luego voy al colegio hasta la tarde. D. Aurelio dice que soy muy avisado y que algún día seré un hombre de provecho. No sé muy bien que es eso, pero si él lo dice, tendrá razón.

Quiero pedirlos algunos regalos para todos. También para mí... No son grandes ni costosos, el mejor ya lo tengo en casa. Es mi familia. No sé si traeréis todo, pero madre dice que por pedir que no quede y madre también tiene siempre razón.

A padre, que trabaja de sol a sol quiero que le traigáis un tabardo para la lluvia. Aquí en el norte diluvia y el que tiene se lo ha comido la polilla. Padre es grande, a ver si acertáis con el tamaño. Madre solo tiene unas medias de cristal y siempre anda cogiendo puntos y arreglando rotos. Unas nuevas del color de su piel morena estarían bien, aunque si son dos mejor.

Para mis hermanos que son pequeños quiero un balón y un juego de bolos de madera pintada. Andrésito y Paco son de juegos de pelota. Para Luisito, el pequeño, un oso de tela. Le gustan mucho los animales y siempre duerme abrazando algo. Yo quiero un estuche con pinturas de palo y una libreta nueva con muchas hojas. Aunque siga ayudando a mi familia tengo pensado seguir estudiando. Padre y madre están de acuerdo. Espero que no os olvidéis de nosotros este año.

Juanillo.

6ª.- SEXTA:

“Carta de un niño especial” de Antonio Olmos Belmonte (Murcia)

Queridos Reyes Magos:

Hola. Soy yo. Ya lo sabéis. Tengo muchas cosas que decir, pero no sé si lo vais a entender, porque a veces yo pienso cosas que los demás no entienden. Pero las voy a escribir igual, por si acaso.

Lo primero: ¿sois de verdad? Porque mi profe dice que sois mágicos, pero papá se ríe cuando le pregunto, y mamá me dice que me duerma temprano para que vengáis. Pero yo no entiendo: si sois mágicos, ¿qué importa si estoy despierto? ¿La magia no funciona si os miro? Es raro, porque el resto de las cosas mágicas que he visto en la tele sólo funcionan cuando hay gente mirando. Pero nunca os he visto a vosotros.

También, ¿por qué tenéis camellos? Los camellos viven en el desierto, pero aquí hay asfalto y edificios. ¿No es incómodo para ellos? Yo vi un camello una vez en un zoo, y olía raro y se movía muy despacio. No sé cómo podéis ir tan rápido con ellos. Y otra cosa: si estáis en Oriente, ¿por qué no pedís que os lleven en avión? Yo nunca he subido a un avión, pero creo que es mucho más rápido que un camello. ¿O los camellos vuelan? Si vuelan, quiero saber cómo, porque eso sí sería mágico.

Ah, y otra pregunta: ¿cómo sabéis lo que quiero? Porque yo a veces quiero cosas y luego cambio de idea. Si os equivocáis, ¿se puede devolver? Es que no quiero que gastéis magia en algo que ya no quiero. Y también, ¿qué pasa si pido algo que no existe?

Lo de las casas también me confunde. En mi casa no hay chimenea. ¿Cómo entráis? Mamá dice que, por la puerta, pero la cerramos con llave. ¿Tenéis una llave mágica? Porque si la tenéis, eso me da un poco de miedo. No por vosotros, pero si alguien más consigue esa llave, podría entrar también. Y eso sería un problema.

Otra cosa: ¿qué pasa si os olvidáis de alguien? Porque en mi clase especial hay un niño como yo, pero que nunca habla, y no sé si os escribe cartas. Si no os escribe, ¿le lleváis regalos igual? Yo creo que deberíais, porque no es justo que alguien no tenga regalos solo porque no sabe qué decir.

Bueno, os voy a pedir cosas, por si existís. Si no existís, pues da igual, pero por si acaso:

- Una guía para entender el silencio. Porque a veces, cuando hay silencio, siento que es muy grande y me pone nervioso. Pero otras veces el silencio es bueno.

- Un libro que explique cómo piensan las personas cuando no hablan. Porque yo pienso mucho en mi cabeza, pero no sé si los demás también piensan así. Quiero saber qué piensan y si sus pensamientos son como los míos.

- Unas cartas que expliquen los sentimientos. Pero no con palabras largas, sino con dibujos. Algo como: "Esta cara significa que está feliz", "esta otra significa que está cansado". Así sería más fácil saber qué siente alguien.

- Un manual para entender las bromas. Porque a veces la gente se ríe de cosas que no entiendo, y eso me hace sentir fuera del chiste. Si me explicáis cómo funcionan las bromas, quizás yo también pueda reírme.

- Un cuaderno para dibujar el mundo como yo lo veo. A veces, las cosas no se ven igual en mi cabeza que en la realidad, y quiero mostrar cómo se ven para que los demás entiendan.

Ahora quiero decir algo importante. Siempre me dicen que soy "un niño especial". Lo dicen mucho. Mi familia, los profesores, incluso la gente que apenas me conoce. Pero yo no sé bien qué significa eso. Porque especial puede ser muchas cosas. Pero os digo algo: si ser "especial" significa que me fijo en cosas que otros no ven, entonces está bien. Si significa que no entiendo todo, pero quiero entenderlo, también está bien. Si significa que me gustan mucho los trenes, los relojes, los animales y los mapas, pues mejor aún. Pero si significa que la gente no sabe cómo hablar conmigo o no entiende cómo me siento, entonces prefiero que no me llamen especial.

Si podéis, traedme también una respuesta para esto: ¿qué significa ser "especial"? Pero no me digáis que es algo bueno si no lo entendéis. Decidme la verdad, aunque sea rara o difícil. Porque yo quiero entender la verdad. Siempre. Y ya está. Ah, y si podéis explicarme por qué a todo el mundo le gusta tanto la Navidad con tanto ruido y tantas luces, también estaría bien.

Gracias (o no, depende de si existís).

Yo (el niño especial).

7ª.- SÉPTIMA:

“Helio en el futuro” de Lorena Díaz Moreno (Leganés)

Querido Melchor:

Me llamo Helio y tengo nueve años. Es el año 2045, pero te escribo esta carta como antiguamente, con papel y lápiz. Me ha costado mucho encontrarlo, ya casi nadie lo usa. He tenido que ir a casa de mi abuela a conseguirlo, ella aún guarda libretas y lapiceros. Cuando le conté mi plan, sonrió y me dijo «tengo algo perfecto para ti, esa carta se merece un papel especial». Abrió el armario de su cuarto y extrajo una caja de cartón muy vieja, de su interior sacó una bonita hoja adornada con tres coronas, y un sobre con una estrella surcando el cielo. Me contó que era una hoja mágica, y que os llegaría rápidamente y sin perderse.

Perdón por mi letra, en el colegio apenas escribimos, solo por ordenador, tabletas, o inteligencia artificial. Es mi abuela la que me enseñó a hacer letra bonita y ligada. Aún tengo que mejorarla.

Para estas navidades no quiero pedir regalos para mí. Me gustaría que, aunque fuera por un día, la gente dejara de estar pegada a las pantallas del teléfono, al ordenador, o a las consolas.

Mis padres apenas juegan conmigo, siempre están trabajando frente a la computadora, y cuando tienen tiempo libre agarran el móvil o se conectan con amigos por realidad aumentada. Si les pido que jueguen conmigo siempre me ofrecen pantallas, pero yo quiero corretear al aire libre con ellos, jugar a la pelota, caminar por el parque... pero nunca quieren.

Los niños tampoco se diferencian mucho de los adultos, solo quieren consolas, juegos en línea, o hacer videos en aplicaciones. A nadie le apetece jugar a nada que conlleve salir a la calle. Así que muchas veces me voy a casa de mi abuela, ella si me ve. Por favor, os pido que la dejéis mucho tiempo conmigo. Me cuenta historias de cuando era joven, de cómo los niños inundaban los parques, y sus padres tenían que llamarles a gritos al anochecer para que fueran a cenar. Como sus zapatillas estaban desgastadas de jugar, y sus rodillas lastimadas de revolcarse por el suelo.

Rey Melchor, quiero vivir eso. Aunque sea un día.

Creo que si los niños, niñas, y sus padres, recordaran lo divertido y sano que es apartarse de las pantallas, todo sería mejor.

Quiero reunirme con mis primos, con mis tíos, con el resto de la familia de forma real, no por avatares en mi mesa. Quiero que mi madre y mi padre se acuesten a contarme un cuento, y no que manden al asistente virtual a contármelo.

Deseo que la gente se mire, que no vayan andando mirando sus móviles, o con sus gafas holográficas, y no sepan, ni se den cuenta de quien está a su lado.

Es triste ver como anuncian que la tecnología conecta a las personas, y es, al contrario.

Por favor Rey Melchor, concédeme este milagro por Navidad. Si no ponemos remedio, algún día ni siquiera recordaremos como se sentía un abrazo, como era hablar con alguien en persona. Olvidaremos disfrutar de la realidad, del aire fresco por la mañana, el olor de las flores, de jugar en la arena, o saltar las olas del mar.

Quiero que recuerden lo bonito que es mirarse a los ojos, hablar y reír juntos. Mi abuela siempre dice que los mejores momentos son los que compartimos con el corazón, y yo creo que tiene razón.

Sería un gran regalo para todos.

Gracias Rey Melchor.

Firmado. Helio

8ª.- OCTAVA:

“El concierto de los colores” de Pablo Miguel Argudo (Valencia)

Querido Rey Melchor:

Cuando cierro los ojos y pienso en ti, escucho el color dorado. No es como el amarillo del sol, que suena a campanillas agudas, sino un dorado cálido que vibra como un violonchelo en notas graves y suaves. Tu barba brilla con música de miel, y cuando sonríes, el aire se llena de espirales luminosas que suenan como cuando mamá hornea galletas de canela. Por eso sé que tú me entenderás mejor que nadie.

Me llamo Ana y tengo nueve años. La gente dice que soy diferente porque veo los sonidos, escucho los colores y puedo tocar las melodías en el aire. Mi profesora de música dice que tengo algo llamado "sinestesia", pero yo creo que es más como un secreto mágico, como los que tú guardas en tu corona. A veces, cuando toco el piano en clase, las notas pintan el aire de colores que solo yo puedo ver: el do es azul profundo como el manto de Baltasar, el re brilla verde como los ojos de Gaspar, y el mi... el mi es dorado, como tú.

El otro día, en el patio del colegio, mientras los demás niños jugaban al fútbol, me quedé sentada en un rincón mirando cómo sus gritos dibujaban arcoíris en el aire. Cada risa era una estrella fugaz de color rosa, y las carreras dejaban estelas violetas que bailaban con el viento. María, mi mejor amiga, se acercó y me preguntó por qué sonreía sola. Cuando intenté explicarle que sus palabras eran burbujas de color turquesa que flotaban como pompas de jabón, me miró con esa cara que ponen todos, como si hablara en un idioma extraño.

Pero esa noche, mientras pensaba en ello, ocurrió algo mágico. Recordé que tú también eres diferente, porque puedes hacer que los camellos vuelen y que los regalos entren por ventanas imposibles. Y entonces comprendí que quizás mi manera de ver el mundo es como tu magia: algo extraordinario que no todos pueden entender, pero que hace que la vida sea más hermosa. Cuando me di cuenta, todas las luces de mi habitación empezaron a cantar una melodía color plata, como la estrella que te guía en Navidad.

Desde entonces, he empezado a escribir en un cuaderno especial todos los colores y músicas que veo en las personas. El violín de la abuela es naranja como el atardecer, y cuando me abraza suena a campanillas de cristal. La risa de mi hermano pequeño dibuja espirales verdes que huelen a caramelo de menta. Y sabes, Melchor, he descubierto que cada persona tiene su propia sinfonía de colores, única y perfecta, como las estrellas del cielo.

Por eso, este año no quiero pedirte juguetes ni libros. Mi deseo es diferente, como yo. Quiero que ayudes a todos los niños que son especiales a su manera a

entender que ser diferente no es un error, sino un regalo. Y si puedes, cuando vengas en tu camello que suena a cascabeles dorados, déjame un poquito más de magia para seguir viendo la música que esconden todas las cosas bonitas del mundo. Porque ahora sé que, si tú puedes hacer que la Navidad brille con colores mágicos, yo puedo hacer que cada día sea un concierto de luces y melodías.

Con cariño,

Ana

P.D.: ¿Sabías que las cartas a los Reyes Magos huelen a canela y suenan como un abrazo?

9ª.- NOVENA:

“Una partida de cartas que nunca terminó” de Jorge Almagro Bolívar (Almería)

Queridos Reyes Magos:

No sé si esta carta llegará a ustedes o si se quedará perdida en algún lugar del viento, como esas palabras que nunca nos atrevemos a decir. Pero he decidido lanzarla al aire, atada al mástil de una cometa que nunca aprendió a aterrizar.

Escribirles me parece un acto de fe, un recordatorio de que, aunque el mundo a veces olvide soñar, todavía hay espacio para la magia. Y les escribo porque últimamente el silencio pesa más que los días, y necesito creer, aunque sea por un momento, que lo extraordinario aún nos roza de vez en cuando.

Les hablo desde una ciudad que nunca duerme, pero siempre está cansada, donde los relojes tienen prisa y la gente ha dejado de mirar las nubes. Por eso, si algo quiero pedirles, no son juguetes. Tampoco oro, incienso ni mirra. Lo que quiero no cabe en un saco brillante...es algo que ya tuve, pero se me escapó entre los dedos. Lo que quiero... ya lo tuve, pero lo perdí.

Quiero jugar una última partida de cartas con mi padre. Que me gane haciendo trampas y se ría de mi cara de asombro y me diga que no importa, que en esta casa siempre gana el que más ríe. Quiero contarle todo lo que me ha pasado desde que se fue, aunque sé que ni la eternidad bastaría para terminar.

Quiero volver a ver a mi madre feliz. No esa felicidad de sonrisa de foto, sino esa que brilla en los ojos y que no necesita palabras. Quiero que vuelva a cantar mientras pela naranjas y que su risa llene las esquinas de la casa como antes, cuando su vida no era un rompecabezas de sacrificios y ausencias.

Quiero chingar a mi hermana otra vez. Robarle un trozo de chocolate y correr por el pasillo mientras ella me persigue. Y cuando me alcance, que me dé un empujón suave, como cuando éramos niños, y todo el mundo parecía menos frío.

Quiero sentarme con mi abuela. Que nos contemos secretos y que me cuente otra vez cómo conoció al abuelo. Quiero sentir su risa mientras caminábamos por el campo y me llevaba a cazar ranas al arroyo.

Regaladnos un poco de tiempo. Pero no del tiempo que pasa, sino del que queda. Ese que se mide en carcajadas y abrazos que alargan los días.

Y, si tienen magia suficiente, quiero pedirles algo imposible: que todos ellos hubieran conocido a mi hijo. A veces miro sus ojos y pienso en cuánto habría

cambiado todo si el tiempo nos hubiera dado una oportunidad más. Pienso en cómo mi padre lo habría llevado al parque, cómo mi madre lo habría llenado de abrazos y cómo mi abuela le habría contado historias antes de dormir. Pero el tiempo no tuvo la decencia de esperar, y eso es un peso que nunca termino de soltar.

No sé si pido demasiado. Sé que el tiempo no se devuelve, que las personas no vuelven y que los recuerdos son todo lo que queda. Pero también sé que, si existe alguna magia en este universo, es la de los deseos que nacen del corazón.

Si no pueden traerme todo esto, les pido solo una cosa: que quienes lean esta carta miren a los suyos, los abracen y les digan cuánto los quieren. Que no esperen. Porque el tiempo, aunque parezca infinito, siempre nos engaña.

Y, si les queda espacio en sus camellos, traigan algo de luz. Pero no de la que viene en bombillas, de esa tenemos muchas, y aun así andamos a oscuras. Traigan la luz que ilumine los sueños que dejamos caer por descuido y haga florecer los desiertos que todos llevamos dentro.

Con todo mi corazón, Alguien que nunca supo aprovechar el tiempo.

10ª.- DÉCIMA:

“De amor, muerte y esperanza” de Sonia Pilar Barrilero Villajos (Alcázar de San Juan)

Alcázar de San Juan, 20 de diciembre de 1947

Queridos Reyes Magos,

Gracias por el plumier que me regalasteis el año pasado. He pintado la madera y lo cuido mucho. Mi padre me trajo de Madrid un lapicero precioso, de rayas verdes y amarillas, con el que os escribo. En el colegio a veces se lo presto a mi amiga Pilar. Ella Lene muchos lapiceros y también una pluma negra y plateada, pero siempre se le olvida todo en casa. Me gustaría ser como ella y no pensar tanto en las cosas y soñar con ser mayor y con el futuro. Creo que yo moriré joven como el hijo de la Tocinera; que se ahogó en las lagunas de Ruidera unas vacaciones. Últimamente pienso mucho en la muerte. El otro día en la misa el cura dijo que “el que cree en Jesús no morirá eternamente”. Yo no sé si cuando me muera me quiero morir y ya está... No entiendo muy bien cómo se puede vivir para siempre sin un final. Hace dos años fui detrás de la comitiva del entierro del señor Flavio, que estaba en las vías cogiendo carbonilla y se quedó sin una pierna y se murió. A mí me parecía que la gente iba despidiéndose de verdad de él por toda la Mina, hasta Cuatro Caminos que era donde vivía el hombre. Lloraban como si no le fuesen a ver más... Pero no sé, son solo cosas que siento. Mi madre me dice que pienso mucho, como la abuela Felipa; que compraba todos los días el periódico, aunque fuese pobre. Este año os quiero pedir el libro “los viajes de Gulliver”, para poder soñar y pensar en otros mundos y otras vidas y luego poder contárselo a mis primas que no saben leer. Me he portado lo mejor que he sabido y siempre ayudo a mi madre y a los demás en lo que puedo. He prometido que el año próximo dejaré el colegio y me pondré a trabajar de aprendiz en el taller de costura para traer dinero a casa.

Alcázar de San Juan, 27 de diciembre 1963

Queridos Reyes Magos,

Os escribo esta carta en el tren camino a Madrid: voy de compras navideñas a la Gran Vía con Pilar. Se está riendo de mí por seguir escribiendo a los reyes con mi edad. La última carta que os envié por correo fue con diez años; las siguientes han sido solo para mí. Este año tengo la escuela de costura llena de chicas del pueblo y de los alrededores. Son buenas muchachas, todas le ponen empeño. No he parado de trabajar entre las clases y los treinta y dos vestidos de novia que he hecho este año.

¡Bendito trabajo de modista! Aun recuerdo cuando me compré mis primeras medias de seda cogiendo yeros en verano. Doy las gracias por poder ser una mujer independiente económicamente, sin tener que casarme con alguien que no me gusta. Este año, eso sí, os pido encontrar el amor para tener una gran familia a la que cuidar. ¡Ay, que estamos llegando a Atocha, al regresar al pueblo sigo! Pilar quiere pasarse a la vuelta por el baile de Carnaval del Casino: ya veremos...

Alcázar de San Juan, 12 de diciembre 1984

Queridos Reyes Magos,

Me he sentado a escribir la carta con mi hija de 7 años. Es a la única de la familia que le he contado que todos los años os escribo. Ella ha arrugado el entrecejo, igual que su padre, al decirle que pediría que su hermana Loli, su hermana Esther y su hermano Carlos estuviesen bien en Torrejón de Ardoz. Me ha dicho muy seria "Puedes pedir también otra tele en color para el salón" y me ha dado la risa. Este ha sido un año raro; Pepe se ha prejubilado y hemos construido una casa en Alcázar para veniros a vivir aquí definitivamente. Solo hemos venido nosotros, Pepi y Alicia. Los demás hijos de Pepe se han quedado en Torrejón con sus novios y amigos. Yo entiendo que ya tienen una edad; solo la pequeña, con 17 años, ha querido venir. Les echo de menos. ¡Quien me diría hace 10 años que acabaría casada con un viudo con cuatro hijos y teniendo a Ali con treinta y nueve años! La vida es realmente sorprendente.

Alcázar de San Juan, 6 de diciembre 2024

Queridos Reyes Magos,

Hoy nos hemos reunido toda la familia en Carretero, en total treinta y cinco. Han venido mis cinco hijos, mis diez nietos y mis seis biznietos. ¡Qué alegría le hubiese dado a Pepe vernos a todos juntos! Hace ya quince años que murió el pobre, como pasa el tiempo... Yo no siento que tenga ya ochenta y siete años, me pienso mucho más joven.

Bueno, me doy cuenta cuando me miro al espejo y cuando leo la caducidad en las latas de conserva; preguntándome si estaré viva en el 2029. Ahora entiendo mucho más la muerte. También acepto la eternidad. Este año solo te quiero pedir salud para todos, porque no necesito nada más. Bueno sí, quiero pedir que todos tengan muchas ganas de vivir y que encuentren en el día a día su felicidad. La vida está hecha de sueños que son reales y de realidades que son sueños. Algunas mejores que otras, pero todas llenas de amaneceres y brisas, de risas y llantos: de amor, muerte y esperanza.



SOCIEDAD CERVANTINA
DE ALCÁZAR DE SAN JUAN